

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

CARTA DEL OTRO MUNDO

La encontré sobre la mesa de mi despacho el día de difuntos por la mañana, lacrada y con caracteres que no me son muy conocidos y la transmito a vosotros, mis queridos lectores.

Decía así: «Reverendo Padre: Era yo un señor, es decir, un señor en el mundo, que disfrutaba de palacios, villas y posesiones de gran renta. Había disfrutado setenta años de vida y con pocos sufrimientos. Tenía cuanto deseaba y gozaba cuanto quería.

Yo no fui malo. Exceptuando algunos deslices pasados entre la Universidad y las diversiones del mundo, fui cristiano, creyente y práctico. Asistía a misa todos los días de fiesta, y todos los años cumplía con la Iglesia. Y morí reconciliado con Dios y lleno de confianza en su misericordia.

Y ahora me encuentro aquí, de engañado, enteramente castigado, y con justísima razón.

En cuanto llegué a estas regiones resonaron en mis oídos, por modo aterrador, estas palabras: «En verdad os digo que difícilmente los ricos entrarán en el reino de los cielos». La misteriosa voz prosiguió: Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja que entre un rico en el reino de los cielos».

—¿Quién me habla?—exclamé temblando.

—Yo—me respondió un venerable anciano—yo; el evangelista San Mateo, que hablé en nombre de Jesucristo.

Y la aparición ni me sonrió, ni me extendió la mano. ¡Ay de mí el primer recibimiento no fué muy halagüeño.

Otra voz, otra majestuosa figura, gritó:

—¡Ay de vosotros, ricos, porque ya habéis tenido vuestro consuelo;

Era el evangelista San Lucas y también se mostraba ceñudo y fiño.

Yo estaba aterrado.

Los dos ancianos me dejaron solo y al volverme la espalda, añadió San Lucas:

—Jesús ha dicho y yo he escrito en mi Evangelio: «Granjeaos amigos con las riquezas, manantial de iniquidad;

para que cuando falleciéris seais recibidos en las moradas eternas».

Jamás me había hallado en un apuro semejante.

Dí un paso adelante confiando en las misas a que había asistido, en las oraciones que había rezado, en los ayunos y vigillas que había guardado; porque repito que fui en el mundo un católico práctico.

No debía estar muy lejos el Paraíso, porque oía armonías deliciosísimas y llegaban a mi rostro ondas de gratísimo perfume; pero me detuvo otra voz que me dijo:

—*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzaran misericordia.*

—¿Quién sois?—grité herido por aquellas palabras que constituían para mí una amenaza.

Una mano me derribó en tierra... y me encontré frente a frente de Jesucristo, el Divino Salvador, el Juez de la humanidad.

Sentí miedo, un miedo formidable. El había sido pobre, amante de los pobres; había bajado a la tierra para evangelizar a los pobres... Yo, al contrario, había sido muy rico y había acumulado riquezas para mí y para mis hijos y no para los hambrientos, las viudas y los huérfanos.

—¡Piedad! ¡misericordia!—exclamé juntando las manos; y esperé que un rayo cayera sobre mi cabeza.

Reinó un gran silencio que duró por mucho tiempo. Cuando alcé la vista, no estaba ya Jesús. ¿Habría sentido repugnancia hacia mí?...

—¿Qué hacéis, amigo?—dijo una voz benigna y cariñosa como el beso de una madre.

Al punto ví un hombre de una belleza extraordinaria, adornado de diamantes y piedras preciosas como ningún rey ni emperador de la tierra. Me arrojé a sus pies y sollozando le dije:

—Señor, por caridad, ayudad a un colega vuestro. Vos, según veo, sois rico, cien mil veces millonario y estáis en el Paraíso; yo, en cambio, no puedo alcanzar un rincón...

El bondadoso señor me respondió: —Os engañais. Yo fui pobre. Soy el Lázaro del Evangelio. Conocí un gran señor sobre la tierra, el rico Epulón, a cuya puerta llamé tantas veces inutilmente, pidiendo humildemente las migajas que caían de su mesa sobre el pavimento de mármol; pero no está aquí.

—¿Y dónde está?—le pregunté aterrado.

—Fué sepultado en el infierno. Un día me rogó que le llevase una gota de agua, pero Abraham le dijo: «Recuerda que durante tu vida has recibido bienes y Lázaro males; por eso él ahora recibe consuelos y tú eres atormentado».

—Es espantosa esta historia...

—Pues escrita está en el Evangelio... Y el noble señor siguió adelante su camino.

El sudor me corría por todas partes, las sienas me saltaban, el corazón me latía de un modo descompuesto. Yo tenía miedo, mucho miedo. ¿De qué me podrían servir mis millones, mis títulos, mis tierras, mis créditos, mis criados, mis caballos, y mis coches? De nada; antes al contrario, eran mis acusadores y se convertían en deméritos.

—¡Jesús, Jesús!—grité uniéndole las manos, sollozando y temblando—¡Jesús, Jesús!

Y nadie me respondió.

—¡Oh, Señora!, ¡oh madre!, ¡oh refugio del pecador!—exclamaba pareciéndome que aquel nombre me animaba y me llenaba de delicias. Y sin embargo, no obtuve respuesta.

Caí en tierra desvanecido.

Y pensar que un día paseaba por las calles honrado, temido, sobre hermosos y lujosos coches y caballos, que algunas veces mandaba no sólo a mi servidumbre, sino al pueblo y a la provincia... y me sentaba en magníficos sillones y dormía sobre colchones de seda... y pensar que a nadie temía y en cambio era temido de amigos y enemigos... Y estaba allí humillado y aterrado.

Vino a tomarme por la mano un bellísimo joven que me besó en la frente.

—¿Un amigo?—le dije echándome a sus pies.

—Tú angel de la guarda—me respondió la dulce aparición—Ven conmigo.

—¿A dónde?

—He de conducirte al tribunal de Dios.

—Tengo miedo...

—También los Santos tuvieron miedo; pero no hay más remedio, hay que presentarse.

—¿En qué piensas, ángel mío?

El hermoso joven calló, bajó los ojos y lloró.

Conforme iba caminando a aquel tribunal, obtuve licencia para escribir esta carta. Por caridad, avise usted a los ricos, a los grandes señores que de nada vale el dinero aquí, y que pesa mas bien sobre las espaldas como una montaña; que aquí se encontrarán llenos de espanto y de terror y tendrán que dar cuenta hasta de un céntimo que haya pasado por sus manos.

UN MILLONARIO

LEYENDA

Erase una vez una madre. Tenía un hijo que era un encanto por lo bueno, por lo hermoso, por lo listo. Todas se hacían lenguas de él y proclamaban feliz a aquella madre, porque tenía la dicha de tener un hijo tan perfecto.

Pero una mañana el hijo se sintió enfermo. Tenía una fiebre que le abrasaba, el corazón saltaba como un loco, la cabeza hervía como un horno, dolores agudísimos atormentaban todo su cuerpo.

La madre, loca de sentimiento, corrió a todos los médicos y todos, uno tras otro, acudieron a la cabecera del pobre niño. Todo fue inútil. El muchacho se murió.

En aquel supremo momento la desventurada madre, como fuera de sí cogió el cadáver del hijo, lo envolvió en sábanas de seda y, cargando con él, corrió al palacio del rey y le dijo: Rey, tú que lo puedes todo, devuelveme la vida a mi hijo.

El rey, mirándola tristemente, le contestó:

—Mujer, no puedo.

Bajó las escaleras del palacio pálida y con los ojos extraviados. Corrió a la casa de un poderoso, del cual había oído decir que tenía en su mano la suerte de todo el mundo. Y le puso delante a su hijo cadáver y le dijo con gritos de dolor: Tú, que lo tienes todo, devuelveme la vida a mi hijo.

Y el millonario, contemplándola friamente, le contestó:

—Mujer, no puedo.

Le dijeron a la desventurada madre que no lejos de allí se hallaban reunidos en una asamblea todos los hombres sabios, los que conocían los males del cuerpo y los que afirmaban que habían hallado las fuentes de la vida, los que se jactaban de haber arrebatado a la muerte sus víctimas y los que se gloriaban de poseer los secretos de la naturaleza. Allá corrió la pobre madre llevando en sus manos aquel cuer-

po, frío ya que le había entregado la muerte cruel.

Y entró en medio de la asamblea, y, como loca de dolor, colocó en medio el cuerpo exánime de su amor, y les dijo a aquellos sabios, orgullosos de su ciencia:

—Ahí lo tenéis, es mi hijo; me lo arrebató la muerte. Pero vosotros sois sabios, vosotros lo sabéis todo. Soplad sobre él y dadle de nuevo el aliento y la hermosura de la vida.

Y aquellos sabios fueron unánimes en confesar su ignorancia y su poco poder.

—Mujer—le dijeron—, no podemos.

Y la pobre mujer vuelve a cargar con el cuerpo insensible de su adorado hijo. Y dicen que así estuvo corriendo muchos años por el mundo. A veces se detenía, tendía al niño sobre el suelo, le besaba, le calentaba con su corazón, le regaba con sus lágrimas y exclamaba:

—Seguire corriendo. Oigo dentro de mí misma una voz que me dice que al fin encontraré quien resucite a mi hijo.

¿Cuántos años estuvo corriendo así? No se sabe. Sólo se sabe que un día huía, huía de un cementerio. De repente, al lado de un camino por donde no transitaba nadie, vió a un hombre cuya frente brillaba con una aureola de luz. Sus ojos despedían rayos de dulzura y de misericordia. Allí oyó que decía: Oh, todos los que tenéis penas, venid a mí. Y luego se levantaba, extendía los brazos a todos los puntos del horizonte y exclamaba: Yo soy la resurrección y la vida.

Aquellas palabras cayeron en el alma de la infortunada madre como un chorro de agua sobre una flor marchita. Corrió hacia él, se echó a sus pies y le dijo: Si es verdad que tú eres la resurrección y la vida, devuelveme la vida a mi hijo.

Y el misterioso personaje cogió de la mano al niño cadáver y dijo sonriente:

—No está muerto; duerme. Tómallo.

Y el niño despertó en los brazos de la madre y clavó en los ojos del misterioso profeta una mirada de alegría y de amor. La madre, fuera de sí, se arrojó a sus plantas y le dijo:

—Tú eres Jesús, porque sólo Jesús da la vida a los muertos.

La madre y el hijo quedaron largo rato de rodillas dándole gracias y aún sigue, el Profeta Jesús de Nazaret, desde el Sagrario repitiendo a todo: Yo soy la resurrección y la vida. Venid a mí los que sufris y padecéis...

Cantidad o calidad

Más de una vez he oído a escritores y periodistas quejarse de los pocos libros que en España se escriben en comparación con otros países europeos y americanos, y de lo poco que aquí se lee, considerando el caso como un signo de atraso mental y de incultura.

Me permito disentir de semejante opinión. Medir el nivel cultural de una nación por el número de libros que se escriben o por el tanto por ciento de habitantes que saben leer y escribir es tan absurdo como calcular la riqueza de un millonario por las piezas de calderilla que lleva en el bolsillo del pantalón.

En cualquier nación de Europa, por pequeña e insignificante que sea, se escriben hoy más libros en una semana que se escribieron en la antigua Grecia en los ocho o nueve siglos de su Historia. Y a ver si esa nación ni todas las de Europa juntas pueden ufanarse de haber hecho a la cultura una aportación tan brillante como la de los griegos.

En tiempos de Cervantes había en España muchísimos más analfabetos que ahora, sin comparación, y sin embargo, nunca el nivel cultural de España llegó tan alto como entonces, hasta el punto que en menos de un siglo pudimos aportar al acervo común de la cultura universal nombres como el de Garcilaso, Cervantes, Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina, Quevedo, Velázquez, Zurbarán, el Greco, Murillo, Ribera y otros más, sabios, literatos y artistas de primera categoría que han dado más fama a España que todos los millares de escritores y artistas que han habido en los tres siglos posteriores.

La cantidad de libros que se escriben en una nación no significa nada para su cultura, sino la calidad de ellos; es decir, que el nivel cultural de una nación lo da la calidad, no la cantidad. Más aún: creo que la cantidad perjudica. «El hombre europeo—dice el escritor portugués Fadrique Mendes—vive hoy en una pálida y triste infección de banalidad causada por los cuarenta mil volúmenes que anualmente, sudando y gimiendo, Inglaterra, Francia y Alemania depositan por las encrucijadas, y que interminable y monótonamente reproducen con más o menos amaños las cuatro ideas o las cuatro impresiones legadas por la Antigüedad o por el Renacimiento».

Entrad en una biblioteca que contenga veinte mil volúmenes y estad seguros que diecinueve mil quinientos por lo menos daría igual que no se hubieran escrito. No dicen nada nuevo y no hacen más que repetirse machaconamente los unos a los otros, sin añadir un adarme al acervo cultural de la civilización. Pues entonces, ¿qué valor pueden tener esos libros para la cultura?

Hay quien cree que la cultura es cuestión de tinta nada mas. Y no; la cultura es cuestión de ideas sobre todo y de creaciones de la fantasía; y en eso no tienen nada que envidiarnos seguramente otras épocas y otras civilizaciones, a pesar de las toneladas de libros que salen de nuestras imprentas y de los millares de cuadros y de esculturas que llenan las salas de nuestros museos de Arte Moderno. Para significar algo en la historia de la cultura no se precisa escribir muchos libros.

Cuando se habla de la cultura de una nación es muy frecuente echar mano de las estadísticas y calcular el tanto por ciento de analfabetos que hay en ella. Con ese procedimiento sacaríamos en conclusión que los países más cultos del mundo son Suiza y las naciones escandinavas. Y, sin embargo, ¿qué comparación tiene su apor-

tación a la cultura universal con la de Alemania, Francia, Inglaterra, Italia o España, por ejemplo, donde hay bastantes más analfabetos que en aquella?

¿No conocen ustedes personas que saben leer y escribir y son verdaderas acémilas, y en cambio otras que por descuido de sus padres o por otras causas no aprendieron esas cosas, y a pesar de eso, en ingenio y hasta en conocimientos están muy por encima de muchos presumidos sabihondos? La cultura no entra sólo por los ojos: entra también por los oídos y hasta sale de adentro.

Por eso me parece una tontería quejarse de que en España se escriban pocos libros. Estaría más puesto en razón quejarse de que esos pocos libros sean malos.

Fr. Gumersindo DE ESCALANTE

O. F. M. Cap.

Ante un retablo

A González Macías, escultor del retablo mayor de Nava.

La voz del Arte, al elevarse al cielo habla con Dios y le pregunta ansiosa:

—Soy el Arte, Señor, y ¿qué otra cosa podría yo ofrecerte desde el suelo?

¿No sirve a tus Grandezas este anhelo de mi mágica gubia caprichosa, o es pobre la obra primorosa que a Tí quiero ajustar con tanto anhelo?

Y contestando Dios le dijo al Arte con voces de celestes melodías:

—Oye la voz, ¡oh Arte! con que te hablo,

Y en alas del ingenio al mundo parte, y den sombra tus alas a Macías—

Y a gusto del Señor nació un retablo!

Hermenegildo RODRIGUEZ

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas que le seguían:

... «En verdad, en verdad os digo, que vendrá tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios...»

Antes, sus cuerpos, serán destruidos por la muerte, de la que nadie podrá huir. Uno a uno rendirán su tributo para que la palabra de Dios sea cumplida. Vigila siempre, porque la muerte es cierta.

Despreocupación suicida la de muchos que no quieren oír la gran verdad. En estos días, en los cuales hacemos unas horas de meditación, podemos convencernos de la realidad de la muerte.

Camino del cementerio suben hoy, quienes no subían el pasado año. Sus trajes enlutados nos hablan del familiar querido que se fué recientemente. Sus ojos aún están humedecidos por el llanto que su corazón no ha podido contener. El año pasado, contemplaban indiferentes el triste

cortejo de los enlutados por el dolor de los que se fueron. Hoy son ellos también quienes suben al camposanto para llevar una oración que mitigue la pena de la ausencia del familiar que la muerte se llevó.

Esos niños que alegres rodean a su madre van a ver a su padre, y sentirán la primera punzada del dolor cuando la tierra les niegue contemplar la sonrisa del ser querido. Ved esa viuda que con ellos camina, la vida ha entristecido su mirada alegre. Ya no canta en los quehaceres de su casa, ya no riñe a sus hijos con decírselo a papá cuando él venga, porque ya no vendrá más, ya no sonríe la gracia de sus hijos con la sonrisa franca y confiada de la esposa. El hogar quedó destrozado y la vida de ella, deshecha. Contemplad también esos padres a quienes Dios les exigió el supremo sacrificio de la renuncia al niño que alegraba el hogar con sus medias palabras y sus inocentes juegos infantiles. Sus corazones llevan atravesado el dolor de los sufrimientos con que el niño, inocente aún, rendía su tributo a la muerte, sin comprenderla, mientras sus padres recogían como un recuerdo eterno la última mirada de aquél hijo cuya muerte ensombreció su vida para siempre.

Todos, jóvenes y viejos, van entregando su cuerpo a la destrucción, para cumplir con ello el mandato de Dios, y con ella resucitar a la vida del espíritu y de felicidad eterna.

Poco es el tiempo que nos resta de vida. Meditemos unos momentos los años que por nuestra naturaleza podrán restarnos de vida y veremos con asombro que es corto el camino que nos queda por recorrer. Después... en las manos de Dios y de su misericordia. De nada nos habrán servido nuestros bienes, nuestra posición social cómoda, nuestros títulos y profesiones, ni tampoco nuestra autoridad entre nuestros conciudadanos. Solo nuestros méritos, nuestras buenas obras, nuestro buen comportamiento con el prójimo, nuestras caridades para los semejantes.

Solo eso nos podrá aprovechar.

Y si seguimos meditando, qué fácil es cosechar buenas obras. Con nuestros bienes, hacer la mayor ayuda posible a los que lo necesitan, con nuestras palabras y consejos, hacer el mayor bien posible a los demás, y con nuestro modo de vivir, dar ejemplo de honradez, de laboriosidad, de ser buenos cristianos, y cumplir con los mandatos que Dios señaló al hombre en sus mandamientos.

El mal es siempre desagradable compañero de nuestra vida. Nos irrita, nos amarga la vida, nos desasosiega, nos llena de intranquilidad e inquietud, nos produce malestar constante, nos rodea de enemigos y nos hace blanco de muchos odios y rencores. Sin embargo, el obrar bien, nos produce un mayor bienestar, una alegría a nuestro carácter, un mayor número de amigos que nos aprecien y nos estimen. Para nuestros hijos somos el modelo que les sirva de ejemplo, para nuestros semejantes, seremos honrados y considerados. Y si la injusticia de los hombres se ensaña en nosotros, nuestra conciencia nos llenará de santo orgullo y nuestra fe nos dará la fuerza necesaria para afrontarla con la gallardía de las almas grandes que sin miedo a la injusticia del mundo, sólo temen a la justicia de Dios.

En nosotros sonarán con anuncio alegre de victoria las palabras de Jesús de Nazaret: «Bienaventurados sois cuando os insulten y persigan, y mintiendo, hablen todo mal contra vosotros por causa de Mí».

«Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará a ellos el tormento de la muerte; a los ojos de los insensatos pareció que morían; más ellos, a la verdad, descansan en paz». (del Ofertorio)

R.

Comentando

LAS CAMPANAS

He presenciado la inauguración del nuevo templo parroquial de Nava. La nueva casa de Dios se levanta apuntando al cielo con el dedo de su torre, construida con sus sillares de piedra berroqueña, y en la armonía de sus líneas arquitectónicas severas y grandiosas, se cierra como un precioso estuche que atesora la maravilla de un retablo, en el que la gubia de un artista imperecedero rubricó para los siglos futuros, con rúbrica de oro, su nombre inmortal.

He presenciado el paso fastuoso de las comitivas procesionales, y he asistido a los solemnes cultos presididos por las más altas Jerarquías de la Patria; y he escuchado las palabras del cielo traducidas al lenguaje de los hombres por la boca más excelsa que suena en los púlpitos españoles. Y en todos estos actos llenos de emoción y de sentimentalismo, he encontrado menos emoción que en un momento en apariencias secundario.

La villa de Nava, al paso del furor destructivo de los esclavos del mal, había quedado muda. La dinamita de la destrucción, taponó los oídos del pueblo que se negaron a oír otra cosa que los quejidos de sus moribundos y los llantos de los que seguían viviendo. Después, ni esto. El tiempo fué enmudeciendo aquellos llantos que se quedaron en el interior de las almas en recuerdo imperecedero de los que por Dios y España ofrendaron su vida, y los corazones apenados y tristes no daban frases a los labios ni lágrimas a los ojos.

Silencio de sepulcro en las calles, y silencio de respeto en los hombres.

La indiferencia de los corazones oprimidos se apoderó del ánimo de Nava, y desaparecieron los sentimientos de emoción, que quedaron adormecidos y aletargados, esperando una voz, como Lázaro, que les dijese: ¡¡Levantaos! La tristeza se adueñó de la villa, y el recuerdo constante de su luto borraba la sonrisa de sus labios. No había lenitivo a su pena ni medicina que calmase sus dolores. Las fiestas inaugurales de su iglesia parroquial se hubiesen celebrado entre crespones de luto y cánticos melancólicos de voces tristes. La iglesia se disponía a recibir al Rey de los reyes, en la majestad de su palacio de piedra berroqueña, y en el trono de un sagrario, bajo el dosel de un retablo de arte maravilloso. El pregonero de Dios, traducía al lenguaje del pueblo los ecos celestiales y el pueblo seguía ensimismado en su tranquila e inespresiva emoción.

Pero el milagro se realizó. La voz de Dios que dijo a Lázaro ¡Levántate!, retumbó entre los montes de Nava. Las campanas, las nuevas campanas que sustituyen a las derribadas por los esclavos del mal, sonaron después de trece años de silencio mudo, y el milagro se realizó.

¡Alegres campanas que llenaban el cielo con sus sonos de gloria, del entusiasmo que despertaba en los corazones dormidos! A sus ecos, los corazones dieron palabras de incoherente emoción a los labios y lágrimas de emocionada alegría a los ojos hasta entonces secos. Los ritmos acelerados del repique de gloria se confundían

con los acelerados latidos de los corazones gloriosos en su triunfo de emoción. Y los pañuelos que volaban a los ojos impregnados de lágrimas de alegría y de gratitud, parecían las almas agradecidas a Dios que se agitaban como palomas blancas y como colgaduras de los balcones del alma.

Y las fiestas fueron alegres y dichosas porque el eco de las campanas despertó los sentimientos dormidos, que se levantaron como Lázaro para adorar a Dios.

HERO

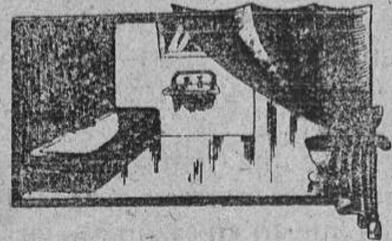
Solución al Jeroglífico núm. 42, por Morán:

"Sí, lo piensa antes que lo afirma"

Materiales de
Saneamiento
Y
Construcción

Cuartos de baño,
cocinas, etc.

Arbués



Alvarez

Garaya, 25

Teléf. 1230

GIJON

Jeroglífico número 43, por Morán:

1 D D 1

¿Qué viste esta temporada en Madrid de ajedrez?



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

ESTUDIOS PRACTICOS DE COMERCIO

Profesor: **JUAN MANUEL ORTEA CORUJO**

Licenciado en Derecho y Apoderado de Banca

Curso intensivo.

Un año. Preparación de empleados de oficina en general.

Tres cursos de Carrera de Comercio.

Con preparación completa de los conocimientos generales y especiales de Contabilidad práctica.

Preparación para ingreso en la Banca privada.

Para concurrir a los exámenes que se celebren en toda España.

Nota.—Los estudios serán, en su mayor parte, de carácter práctico.

Muralla, 7, 1.º

Teléfono 39-88

GIJON

Horas: de 6 a 9 de la tarde

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
DE

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La **Caja de Ahorros de Asturias**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)